

Paris, 31 de julio.

Los periódicos de esta capital han disputado largamente entre sí, sobre si la catástrofe que cubre de luto á la Francia, es una leccion de la Providencia, ó un golpe del destino : y supuesto el primer extremo de esta hipótesis, sobre si la leccion iba dirigida á la dinastía reinante, ó si debia ser aplicada á las revoluciones. Si yo hubiese de entrar en esta controversia, me pondría del lado de los que sostienen que la catástrofe que llora la Francia, es una leccion ; porque estoy íntimamente convencido de que no hay catástrofe ninguna que no lo sea para las sociedades humanas : diré más ; en tiempos de revueltas y de discordias civiles, cuando todos los partidos y todos los hombres, cuando todas las inteligencias y todos los brazos han contribuido á la obra de perdicion que las revoluciones consuman, la Providencia no envia lecciones que no sean dirigidas á todos : siendo de todos el error, á todos distribuye la enseñanza. ¡ Ay de los que no aprendan de las catástrofes que en la hora de su ira envia como mensajeros ! ¡ Ay, sobre todo, de los que especulando con ellas, toman en ellas ocasion para recriminar á los que llaman adversarios, no siendo sino sus cómplices en un mismo delito ! Digo esto, porque los legitimistas de Francia suelen olvidar frecuentemente, que la revolucion que condenan, es la obra comun de los que la hicieron y de los que la provocaron.

Pero sea de esto lo que quiera, y considérese ó no se considere esta catástrofe como una leccion para la conciencia, es sin duda ninguna, en la ocasion presente, una iluminacion para el espíritu : á esa iluminacion y á la que derraman las lecciones que acaban de realizarse, somos deudores de algunos datos preciosos para poder juzgar con acierto acerca de los partidos que combaten aquí por la dominacion de la Francia.

Si hay una época en que los partidos políticos se clasifican, y en que cada uno procura distinguirse de los que le son contrarios, es ciertamente en tiempos de una eleccion general, en la que cada uno aspira á alcanzar la victoria por su parte, en nombre de sus principios. Entonces sucede, que cada uno despliega al aire su bandera, formula su programa, publica el símbolo de sus creencias políticas, hace profesion de su fé, defiende su dogma. Tal es la costumbre constantemente seguida y universalmente adoptada en todos los pueblos regidos por instituciones libres. Nosotros la hemos tomado de la Francia : la Francia, de la Inglaterra : la Inglaterra, de la naturaleza misma de las cosas. Pues bien : los que han presenciado aquí las últimas elecciones, han asistido á un espectáculo, nuevo en los gobiernos constitucionales. Los partidos se han presentado á solicitar los votos de los electores, ocultando su programa, disimulando su fé, olvidando su símbolo, y plegada su bandera. Los conservadores se han abstenido cuidadosamente de decir al oido de la nacion que son ministeriales. La oposicion dinástica ha llevado la prudencia hasta el punto de disimular sus principios contra toda idea de gobierno : el radicalismo, soberbio y audaz por la naturaleza misma de sus teorías políticas y sociales, no se ha presentado al combate con el terrible ariete con que ha de abrir la brecha en el muro que protege á la sociedad y á la nueva dinastía. Todos se han presentado á la lid, inofensivos, descoloridos, siendo modelo de inocencia y mansedumbre. Todos al hablar han mentido : todos han engañado á la Francia. La Francia en recompensa los ha enviado á todos á los escaños de los legisladores.

Si este espectáculo sirve para demostrar alguna cosa, sirve para demostrar—lo primero; que en Francia no hay una verdadera

nacion—lo segundo; que no hay verdadero gobierno—y lo tercero; que dentro de la nacion y alrededor del gobierno no hay verdaderos partidos—y finalmente, como consecuencia necesaria de todos estos hechos, que las instituciones están en completa y rápida declinacion; que nada se afirma; y que todo se disuelve. La fé política se extingue en esta nacion: su brazo no conmoverá las montañas. La Francia fué una nacion, en tiempo del imperio. La restauracion se encontró en presencia de dos partidos poderosos. Hoy la revolucion de julio solo tiene delante de sí el polvo de la nacion y el polvo de los partidos; y ademas de esto, á Mr. Guizot, que quiere conservar lo que sabe que ha de perder; á Mr. Thiers, que aspira á alcanzar lo que no puede conseguir; y á Mr. Odilon Barrot, que no sabe lo que quiere. Ya iba á pasar en silencio á Mr. de Lamartine, especie de conservador radical y de poeta práctico, cuya naturaleza moral es el resultado de todas las antítesis. Un dicho de este insigne varon pasará á la posteridad mas remota. En el discurso que acaba de pronunciar ante los electores con motivo de su candidatura, dejó escapar de sus lábios esta notable sentencia «¿sabéis lo que es un diputado? un diputado es un pueblo.» Yo sabia ó creia saber lo que era un diputado, antes que Mr. de Lamartine diera á luz este aforismo; ahora lo ignoro absolutamente: lo único que sé, es que un *candidato* es una *vanidad*, señores redactores.

Ustedes tienen noticia, y yo tambien la tengo, de dos diputados que pueden llamarse *pueblo*: pero esos diputados no se sientan en los escaños de los legisladores franceses, sino en el parlamento inglés y en el parlamento de España. O' Connell, Olano; vean ustedes dos únicos hombres, que en toda la prolongacion de los siglos han podido llamarse *pueblo*, sin que esta expresion sea en sus lábios ni hiperbólica ni ridícula. Uno y otro son representantes de dos pueblos oprimidos: uno y otro son representantes de dos pueblos conquistados: uno y otro han dirigido su palabra á los tiranos y á los despojadores de sus santos fueros y de su santa independenciam. O' Connell, representante de un pueblo cuya opresion comienza con su historia, y no acabará sino con la historia de Inglaterra, es

*pueblo todos los dias*. Olano, representante de un pueblo despojado y oprimido ayer, pero cuya opresion y cuyo despojo no durará sino lo que dure la efimera dominacion de sus despojadores, ha sido *pueblo un dia* solamente. Pero ambos han sido pueblo. Demóstenes fué el mas grande de todos los oradores del mundo; pero no fué mas que un hombre: Ciceron fué un académico: Mirabeau una faccion: Berrier es un partido. Demóstenes hablaba en nombre de las antiguas virtudes á un pueblo comprado por el oro macedonio. Ciceron hacia frases, menos para salvar á su cliente, que para mirarse en ellas como en un magnífico espejo. Mirabeau fué elocuente por mil causas; pero sobre todo, por su *impudencia*, que es la calidad distintiva de todas las facciones. Berrier tiene la elocuencia de los recuerdos, elocuencia propia de los partidos que se acaban.

Mirad ahora á O' Connell, ese cíclope irlandés que ha hecho de Inglaterra su yunque. En los tres reinos reunidos, ninguno toca con su cabeza á su rodilla. Los hombres le miran con asombro, como si fuera un semi-dios ó un gigante antdiluyiano. Él hace con su palabra lo que Paganini hacia con su violin, en donde estaban como dormidos, para despertar obedientes á su voz, los sonos de todos los instrumentos. La voz de O' Connell es apagada y atronadora, oscura y clarísima, blanda y vibrante: gime como una arpa, brama como el viento, entusiasmo como un himno: O' Connell es ángel de la Irlanda, demonio de la Inglaterra. En los devastados campos irlandeses, su voz cae suave y consoladora: en el parlamento inglés, su voz lanza imprecaciones; mientras que su mano agita las serpientes de las furias. O' Connell es sublime como Demóstenes, impudente como Mirabeau, melancólico como Chateaubriand, tierno como Petrarca, grosero como un lacayo, brutal como un salvaje, prudente en el campo parlamentario como Ulises en el campo de los griegos, impetuoso, temerario y audaz como Ajax pidiendo al Cielo la luz para morir con el sol del mediodia. En aquella naturaleza riquísima, hay algo de la naturaleza del capitan, algo de la naturaleza del sargento, algo de la naturaleza de un rey, y algo de la naturaleza del paisano del Danubio: tiene mucho del hombre salvaje,

mucho del hombre civilizado : es zorra y leon á un mismo tiempo. Es malicioso y cáustico, como el Mefistófeles de Goethe. Es inocente y cándido como un niño. Es todo lo que es un pueblo : y un pueblo lo es todo.

No puedo negar que dejo la pluma con placer para mirar amorosamente con los ojos de mi imaginacion esta figura sublime, si bien me asusta algun tanto. Mis ojos atónitos le miran, inclinada la frente augusta sobre el arpa nacional, de donde arranca su mano gemidos tan dolorosos y profundos, como no los escucharon jamás los hijos de los hombres. Cualquiera diría que es Osian, y que le piden venganza desde su trono de nubes las almas melancólicas y transparentes de sus padres.

¡ Irlanda ! ¡ verde Irlanda ! ¡ católica Irlanda ! ¡ alégrate en medio de tu humillacion y de tu servidumbre ! Eres esclava, es verdad : andas vestida de jerga : no comes sino las cortezas de tus árboles y las yerbas de tus campos : no pisas sino abrojos : no arrastras sino cadenas : no duermes sino en tu lecho de paja. Pero en ese lecho has dado á luz á un rey : ese rey romperá las cadenas de su madre. ¡ Irlanda ! ¡ verde Irlanda ! ¡ católica Irlanda ! alégrate en medio de tu humillacion y de tu servidumbre !

Si tuviera algun tiempo delante de mí, una hora siquiera, estoy seguro de que habia de retratar bien á esa nacion y á ese hombre, que, sin saber cómo, han venido á ponerse delante de mi imaginacion y á cortar el hilo de mi discurso : yo pensé hablar de la revelacion que llevan consigo los grandes acontecimientos del día : la muerte del duque de Orleans, y las elecciones generales : del último acontecimiento, he hablado poco ; del primero, nada. Mr. de Lamartine, O' Connell, Irlanda, y el correo que vá á partir, y yo que no me he puesto á escribir á Vds. sino á última hora, tenemos la culpa. El correo próximo, hablaré de todas estas cosas, ó de algunas de ellas solamente, ó de otras cosas distintas ; y sobre todo, de Olaro. Me he propuesto que mis cartas sean una conversacion, y lo serán : porque no tengo tiempo para otra cosa, y porque las conversaciones ofrecen una amable y encantadora incoherencia. Otro corresponsal dirá á Vds. lo que ocurre : yo les diré lo que

pienso, es decir lo que pienso en el momento en que escribo ; y probablemente, será mejor que lo que pienso despues de largas meditaciones. Es un problema filosófico, muy difícil de resolver, si piensa uno mejor cuando improvisa, ó cuando digiere sus pensamientos. Las razones en pro y en contra son iguales, como las de todos los problemas : tan cierto es, que la razon humana es la mayor de todas las miserias del hombre. Sin la fé, no sé lo que es la verdad, y no comprendo sino el escepticismo. Pero advierto que, al pasar, en mi rápida conversacion, de unas cosas á otras, voy filosofando ; y aun no ha llegado su turno á la filosofia.